

ESCENA III

Los mismos, LOHENGRIN

(La barquilla, conducida por el cisne, se detiene en el fondo, en medio de la escena. Lohengrin está en pie, vestido con una armadura de plata, el escudo al hombro, y una trompeta de oro en el cinto, apoyado sobre su espada. Federico le contempla en silencio. Ortrudis que, durante el juicio, permaneció en actitud fría y altanera, contempla afrentada á Lohengrin y el cisne. Elsa se vuelve y exhala un grito al ver á Lohengrin.)

LOS HOMBRES.—¡Salud, héroe amado del cielo! gloria á ti! gloria á ti! noble y valeroso mortal!

(Al primer movimiento de Lohengrin para salir de la barquilla, todos enmudecen y esperan con ansiedad.)

LOHENGRIN (con un pie en la barquilla, inclinándose ante el cisne).—¡Yo te bendigo, amado cisne! ¡Vé, surcando lejanas olas, á los lugares de donde partiste! Y, cuando nuestros destinos estén cumplidos, vuelve aquí con suerte próspera!

(El cisne arrastrando la barquilla, sube el río contra la corriente. Lohengrin le sigue con la vista, melancólico.)

LOS HOMBRES.—¿Qué encanto puro y sin mezcla nos arroba á su aspecto? ¿quién será ese paladín, llegado milagrosamente?

(Lohengrin se adelanta con lento y solemne paso.)

LOHENGRIN (al Rey).—¡Salud, rey Enrique! ¡proteja el cielo tu valor luengos años! ¡celebre el mundo el esplendor de tu virtud y tu nobleza!

EL REY.—¡Gracias!... Si he presentado qué orden te llevó á estos lugares, vienes por decreto de Dios!

LOHENGRIN.—Vengo á defender á la inocencia injustamente acusada; es mi deber! Y ahora, he de saber qué suerte me espera. (Se aproxima á Elsa.) ¡Habla!



¡oh! habla, Elsa de Brabante! Dispuesto está mi acero á defenderte. ¿Tendrás fe en mi valor, sin arrepentirte y sin temor alguno?

(Elsa, que ha permanecido inmóvil cual dominada por un encanto desde que percibió á Lohengrin, parece despertar de un sueño y se postra á sus piés con expresión de ventura.)

ELSA.—¡Oh! mi ángel bueno! sálvame, y luégo dispón de mí!

LOHENGRIN *(con ardor)*.—Si alcanzo victoria, ¿podré ser esposo tuyo?

ELSA.—¡Tuya soy, puedes creerme; sí! lo juro á tus piés!

LOHENGRIN.—Si quieres que te ame, Elsa, si quieres que proteja tus Estados, y que tu suerte sea siempre igual, no has de intentar saber cuál es mi patria, mi raza, ni mi ley.

ELSA *(en voz baja y casi sin conocimiento)*.—¡No! no! nada quiero saber!

LOHENGRIN.—¿Me has comprendido bien, Elsa? No has de intentar saber cuál es mi patria, ni mi raza, ni mi ley.

ELSA *(con una mirada llena de profunda confianza)*.—¡Oh tú, mi señor, mi ángel bueno, único que confías en mi honor! ¿qué sospecha impía, extraña, me inducirá á dudar de ti? Así como tú crees en mí, en ti creo yo.

LOHENGRIN *(estrechando á Elsa contra su pecho)*.—Te amo, Elsa.

(Lohengrin y Elsa permanecen largo rato en la misma actitud.)

LOS COROS.—¡Oh maravilla! ¿Qué encanto sedujo nuestros ojos? ¿qué dulce transporte nos arroba junto á este mensajero del cielo?

LOHENGRIN *(dejando á Elsa junto al Rey y adelantándose al proscenio)*.—Señores, y pueblo; vedme aquí

dispuesto á probar la inocencia de Elsa. (*A Federico.*)
¡Y á ti que la acusas, dígame que mientes! Sea Dios nuestro juez.

LOS HOMBRES (*á Federico.*)—Hay que ceder, evita el lazo; la derrota te aguarda. Si algún encanto le protege ¿de qué te sirve ser valiente?

FEDERICO (*con violencia, fijando una mirada penetrante en Lohengrin.*)—Vale más morir que ser cobarde; sea cual fuere su raza, llevaré á cabo mi tarea; ¡nunca mis labios mintieron! Tentemos la prueba ¡ea! y que el combate demuestre mi derecho.

LOHENGRIN.—Ordena el combate ¡oh Rey!

EL REY.—Midan el campo del debate tres testigos por cada adversario.

(*Tres nobles sajones se presentan por Lohengrin y tres brabanzones por Federico, miden con paso solemne la arena y marcan los límites con sus lanzas.*)

EL HERALDO (*en el centro del campo cerrado.*)—Y ahora, oid, y seguid la ley del combate. Si alguno osare penetrar en la liza, y es noble, se le cortará una mano; y si fuere esclavo, morirá!

LOS HOMBRES.—¡Si es noble, perderá una mano; si es esclavo, morirá!

EL HERALDO.—Vosotros seguid las leyes de la prueba protectriz en estos combates, sin estratagemas, ni artificios; guíe la equidad vuestros golpes; ¡inclinaos, Dios os contempla! Contad con él, más que con vuestras fuerzas.

LOHENGRIN Y FEDERICO (*cada cual en un extremo de la liza.*)—¡Dios nos contempla en su justicia; más fe tengo en él, que en mí!

(*Ambos se descubren con religioso recogimiento.*)

EL REY (*con solemnidad.*)—¡Dios del cielo, en ti confío! Pronuncia tu fallo en este combate. Brilla el acero y tu sentencia aparta de nosotros el error. Aumenta, ¡oh Dios, la valentía del justo, y priva de sus fuerzas

al traidor! ¡Ilumínanos, Dios vengador, que nuestra sabiduría es error tan solo!

Concertante

ELSA Y LOHENGRIN.—En ti fío mi fuerza, Señor; y espero sin temor tu fallo.

ORTRUDIS.—Tengo plena fe en su valor; su potente brazo vencerá.

FEDERICO.—Quiero combatir, sin miedo; Gran Dios, protege mi honor!

EL REY.—Dios del cielo, en ti confío; pronuncia y dictanos tu ley!

(*Todos van, lentamente, á ocupar sus sitios. Los seis testigos permanecen apoyados en sus lanzas al rededor del círculo. Los otros hombres se mantienen á corta distancia. Elsa y sus doncellas se colocan junto á la encina real. El heraldo hace ejecutar la señal por las trompetas. Lohengrin y Federico acaban de armarse. El Rey retira la espada que clavó en el suelo y con ella golpea tres veces el escudo suspendido de la encina. Lohengrin y Federico se ponen en guardia, desenvainando la espada y cubriéndose con el escudo. Principian el combate. Lohengrin ataca con violencia á Federico. Éste, herido, da algunos pasos atrás y cae.*)

LOHENGRIN (*poniendo la punta de su espada en el cuello de Federico.*)—Dios te ha herido; tu vida está en mi mano. (*Separando su espada.*) Te la doy; arrepíentete, por fin!

(*Todos los hombres cogen sus espadas y las hacen resonar en las vainas. Los testigos retiran sus lanzas del suelo. El Rey descuelga de la encina su escudo. Todos recorren la liza gozosos. Elsa se halla cerca de Lohengrin.*)

ELSA.—¡Qué voz lograría cantar tus alabanzas! Sólo son dignos de ti los coros de los arcángeles; mi sér en

tu sér se confunde y sigue tu ley; sé mi único bien, señor; tuya es mi alma!

EL REY Y LOS COROS.—Festejemos su victoria; cantemos su gloria. Gloria á tu nombre, gloria á tu raza!

ORTRUDIS (*fijos los ojos en Lohengrin*).—¿Qué virtud secreta rompió mi poder? Hay que doblegar la cabeza y perder toda esperanza.

LOHENGRIN (*manteniendo entre sus brazos á Elsa*).—Tu inocencia ha sostenido mi brazo vengador; después de tantos sufrimientos, tu corazón recobra la paz; luzca para ti la ventura!

(*Federico, exánime casi, yace á los piés de Ortrudis. Los hombres levantan á Lohengrin sobre su escudo y á Elsa sobre el escudo real, y los llevan en triunfo, entre aclamaciones de gozo.—Cae el telón.*)



ACTO II

El teatro representa el interior del castillo de Amberes. En el centro, el Palas, morada de los caballeros; á izquierda la Kemenate, morada de las mujeres. Á derecha, la puerta de la iglesia. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

(*Ortrudis, Federico, vestidos con trajes oscuros y pobres, están sentados en las gradas de la iglesia. Federico se halla absorto en téticos pensamientos. Ortrudis contempla las ventanas del castillo vivamente iluminadas. Óyense, del interior del castillo, los alegres acordes de la música.*)

FEDERICO (*levantándose bruscamente*).—¡Ea! ¡en pié! ¡compañera de mi vergüenza! ¡que la aurora próxima nos vea lejos de aquí!

ORTRUDIS (*sin dejar su actitud*).—Quiero quedarme, la suerte me encadena. Escucha todavía; déjame aspirar en ese canto el negro veneno por el cual acaben tu vergüenza y su ventura.

FEDERICO (*acercándose á Ortrudis*).—¡Mujer sin pie-